

DISCÍPULOS DE EMAÚS

Lc 24, 13-36

Texto y comentario

Uno de los relatos más leídos y amados de las apariciones de Jesús resucitado es el de los discípulos de Emaús, y ahora se propone como el itinerario que guía las Orientaciones de Animación Bíblica de la Pastoral (ABP) para nuestras comunidades eclesiales de

América Latina y el Caribe. A continuación presentamos un comentario del texto, dividido en siete escenas, cada una de ellas acompañada por un símbolo que servirá para iluminar cada uno de los siete capítulos de estas Orientaciones.

EL CAMINO

Lc 24, 13-16

¹³Ese día, dos de ellos iban caminando hacia una aldea llamada Emaús, situada a unos diez kilómetros de Jerusalén. ¹⁴Iban conversando sobre todo lo que había sucedido. ¹⁵Mientras hablaban y discutían, Jesús se acercó y se puso a caminar con ellos, ¹⁶pero algo en sus ojos impedía que lo reconocieran.

El relato de los discípulos de Emaús está construido sobre el tema del "camino", en un itinerario de ida y vuelta, dos veces pasan por el mismo camino. El punto de referencia es la ciudad de Jerusalén, donde todavía está fresco el acontecimiento de la Pasión. La aldea de Emaús marca el punto de giro.

El evangelista sitúa a los discípulos inmediatamente en el escenario del camino:

"iban caminando hacia una aldea llamada Emaús" (v. 13). La distancia no es excesiva, se encuentra en los alrededores de Jerusalén.

Lucas, que escribe para una comunidad que no conoció personalmente a Jesús, les anuncia al Resucitado, pero Él no estaba allí visiblemente presente para ellos. ¿Dónde entonces se puede encontrar la presencia del Resucitado? Esta pregunta es la que marcará

el desarrollo de la narración de Emaús, y en sus diversas etapas irá presentando, de modo narrativo, los "lugares" donde encontrar a Jesús. Naturalmente, esos "lugares" no son solo para los discípulos de Emaús, sino para nosotros que, como discípulos, queremos también encontrarnos con el Resucitado.

La primera imagen que aparece es *el camino*. Jesús, que había hecho camino con sus discípulos a lo largo de todo su ministerio, una vez más se hace caminante, peregrino con sus discípulos, que *"Iban conversando sobre todo lo que había sucedido... hablaban y discutían"* (vv. 14-15). Los discípulos acaban de ser testigos de lo sucedido, pero se van tristes (v. 17), porque lo que sucedió no colmó sus expectativas.

Ahora Jesús se pone a caminar con ellos, como lo había hecho tantas veces, *"pero algo en sus ojos impedía que lo reconocie-*

ran" (v. 16). Al Resucitado no se lo reconoce solamente por los rasgos físicos, hay otra dimensión más honda que es la que permite reconocerlo o no. Aquí se comienza a ver que esta "nueva presencia" del Resucitado tiene algunas características particulares, que Lucas va desarrollando en la narración.

El camino es un símbolo universal de la vida. Jesús se hace presente en el camino, en la vida de su pueblo, de sus discípulos, pero muchas veces nuestros ojos no son capaces de reconocerlo.

Estos ojos que no pueden reconocerlo son, al mismo tiempo, signo de consuelo y de denuncia. Un consuelo, porque se nos anuncia que muchas veces, aunque no lo veamos, Jesús camina con nosotros. Y también una denuncia, porque se nos reprocha la falta de fe y confianza para creer (v. 25) que él nos acompaña siempre.

EL PEREGRINO

Lc 24,17-24

¹⁷ Jesús les preguntó: «¿De qué van hablando por el camino?». Entristecidos, se detuvieron ¹⁸ y, uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: «¿Tú eres el único extranjero en Jerusalén que no sabe lo que sucedió en estos días?». ¹⁹ Él

les preguntó: «¿Qué sucedió?». Le respondieron: «Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en hechos y palabras delante de Dios y de todo el pueblo.²⁰ Los sumos sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que fuera condenado a muerte y lo crucificaron.²¹ Nosotros esperábamos que él liberaría a Israel, pero ya van tres días que sucedió todo esto.²² Es cierto que algunas mujeres de nuestro grupo nos han desconcertado, porque fueron temprano al sepulcro, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús²³ y volvieron asegurando que habían tenido visiones de ángeles que les dijeron que él vive.²⁴ Algunos de los que están con nosotros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían dicho las mujeres, pero a él no lo vieron».

Después de comenzar a caminar, de hacerse peregrino con sus discípulos, lo primero que hace Jesús es interesarse por ellos. Él, que es la Palabra, no comienza con un discurso sino que primero les pregunta “¿De qué van hablando por el camino?” (v. 17).

Los discípulos se sorprenden de la pregunta y se detienen tristes: “¿Tú eres el único extranjero en Jerusalén que no sabe lo que sucedió en estos días?” (v. 18), y Jesús les da la ocasión para que se expresen, que digan lo que llevan dentro, sus expectativas, sus esperanzas y también sus dolores y frustraciones. Jesús

escucha con paciencia todo lo que los discípulos tienen para decir.

Así, los discípulos narran de un modo sintético y preciso el peregrinar de Jesús: “profeta poderoso en hechos y palabras...” (v. 19). Estas palabras, leídas con atención, son un anuncio del kerigma: Jesús de Nazaret (...) lo crucificaron (...) ya van tres días (...) fueron temprano al sepulcro, no encontraron el cuerpo (...) ángeles que les dijeron que él vive. Todos los elementos propios del kerigma están presentes, pero se trata de un kerigma “sin fe”. Para los discípulos Jesús había muerto y ya no había más que hacer.

Aquí Lucas también está advirtiéndolo de que es posible conocer todo el camino, toda la historia, decir las palabras justas, incluso pere-

grinar junto a Jesús, pero eso no basta. Jesús sale a su encuentro para que hagan la experiencia del Resucitado, lo reconozcan y lo anuncien.

LA ESCRITURA

Lc 24,25-27

25 Entonces Jesús les dijo: «¡Qué torpes son para entender! ¡Cómo les cuesta creer todo lo que anunciaron los Profetas! 26 ¡Acaso el Mesías no debía padecer todo esto para entrar en su gloria?». 27 Y, comenzando por Moisés y todos los Profetas, les explicó todo lo que en las Escrituras se refería a él.

Después que los discípulos narran lo sucedido y Jesús los escucha con atención, Él los sacude con sus palabras: “*¡Qué torpes son para entender! ¡Cómo les cuesta creer (...)*”! (v. 25). En la perspectiva de los discípulos, la muerte en cruz y el sepulcro habían sido lo último. Después de eso, y a pesar del anuncio de las mujeres, se van tristes.

Todavía no habían comprendido lo que Dios estaba haciendo por medio de todo lo sucedido, y que, en el plan de Dios, la cruz era el paso necesario para que Jesús entrara en la gloria, en la comunión eterna con Dios (v. 26). Por eso, Jesús les explica todo lo que se refería a Él en las Escrituras: “*comenzando por Moisés y todos los Profetas*” (v. 27). A la luz de

los sufrientes servidores del plan salvífico de Dios en la historia de Israel, se comprende que la muerte de Jesús en una cruz no es un fracaso, sino la expresión de su fidelidad incondicional hacia Dios y un signo inaudito del amor de Dios por el mundo. Jesús es verdaderamente el “Mesías” (el “Cristo”), y lo es precisamente en cuanto Crucificado y Resucitado.

Las Escrituras muestran la fidelidad de Dios a lo largo de todo el camino del pueblo de Israel, y que tiene su culminación en la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesús. Y esta Escritura se puede leer solamente a la luz de la fe; por eso el Señor les reclama creer (v. 25). Por esta fe el pueblo

está llamado a confiar en Dios que guía la historia, y la hace historia de salvación, pero no según los criterios de éxito humanos. La cruz forma parte

de esta historia y, mediante la entrega en la cruz de su Hijo, Dios quiso mostrar a la humanidad hasta dónde es capaz de amarla.

LA CASA

Lc 24,28-29

28 Cuando se acercaron a la aldea a la que se dirigían, Jesús hizo como que iba a pasar de largo, 29 pero lo retuvieron insistiéndole: «¡Quédate con nosotros! Ya es tarde y el día se acaba». Entonces entró para quedarse con ellos.

Hasta ahora, Jesús siempre ha tomado la iniciativa, se ha acercado, se ha hecho compañero de camino, les ha explicado las Escrituras, pero, cuando están cerca del lugar a donde se dirigen, Él deja que sean los dos discípulos los que le pidan que se quede con ellos. Por eso *“hizo como que iba a pasar de largo”* (v. 28). Jesús no quiere imponerles nada; su presencia y su cercanía deben ser solicitadas con libertad. Ciertamente que podríamos pensar que Jesús no querría dejarlos, pero espera que sean sus discípulos los que se lo

pidan, los que, libremente, le digan *“¡Quédate con nosotros!”* (v. 29).

Este es el punto de inflexión del relato, pues, a partir de este momento, todo cambia: Jesús, que era el huésped, toma el lugar del dueño de casa, se sienta, toma el pan, pronuncia la acción de gracias...

Cuando los discípulos le abren voluntariamente su casa a Jesús, entonces Él es libre de mostrarse claramente y allí se les revela en la fracción del pan.

EL PAN

Lc 24,30-31

30 Jesús se sentó a cenar, tomó el pan, pronunció la oración de acción de gracias, lo partió y se lo dio. 31 Los ojos de ellos se abrieron y lo reconocieron, pero él desapareció de su vista.

En la mesa, a la hora comer juntos, Jesús hace el rito del partir el pan: *"tomó el pan, pronunció la oración de acción de gracias, lo partió y se lo dio"* (v. 30). La repetición de los gestos de la última cena (v. 19), asociados con el contexto mesiánico en el que los hizo cuando la multiplicación de los panes y los peces (Lc 9, 16), revelan el sentido salvífico de la Pasión: Jesús se "entrega por" y "a favor de" los demás.

El hecho de que use los mismos verbos que se dijeron en la última cena, es una señal para el lector, para nosotros,

pues somos nosotros quienes conocemos esos gestos y no los discípulos de Emaús, de quienes no se dice que hubieran estado en la última cena. De este modo, Lucas muestra que el "partir el pan", la "acción de gracias" (=Eucaristía) es otro de los "lugares" en donde nos encontramos con el Resucitado.

Entonces lo reconocen: *"Los ojos de ellos se abrieron y lo reconocieron"*, (v. 31), pero Él desaparece de su presencia, porque ya logró su finalidad: ¡Los dos discípulos lo han visto!

EL CORAZÓN

Lucas 24,32

³²Entonces se dijeron uno a otro: «¿Acaso no ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

El reconocimiento de Jesús cuando partió el pan hace que los discípulos vean su propio camino de manera distinta. Jesús estuvo siempre con ellos, pero ahora se dan cuenta y por eso comentan: *"¿Acaso no ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?"* (v. 32).

La presencia del Señor que les explicaba las Escrituras ya

se hacía sentir en el corazón, que ardía con el fuego del que los acompañaba en el camino.

El camino del Crucificado –ahora visto de manera completa– les ha permitido ver al Resucitado. Y al mismo tiempo, el Resucitado les ha permitido ver el sentido del Crucificado. Si la relación de los discípulos con Jesús se

caracterizó, hasta su muerte, por su presencia visible, ahora comprenden que el Resucitado ya no se mostrará de manera visible junto a ellos, aunque esto no quiere decir que no esté.

Al caminar junto con ellos, el mismo Jesús los introdujo en una nueva forma de encuentro con Él, caracterizado por la certeza de que su vida ha llegado a la plenitud: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado!" (v. 34).

LA COMUNIDAD

Lc 24,33-35

³³ Y en ese mismo instante se pusieron en viaje y regresaron a Jerusalén. Allí encontraron reunidos a los Once y a los demás que estaban con ellos. ³⁴ Éstos decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se apareció a Simón!». ³⁵ Y, por su parte, los que habían regresado de Emaús les relataron lo que les sucedió en el camino y cómo habían reconocido a Jesús en el momento de partir el pan. ³⁶ Estaban diciendo estas cosas cuando Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: «¡La paz esté con ustedes!».

Cuando se acercaban a Emaús, los discípulos invitaron a Jesús a quedarse porque ya era tarde y acababa el día (v. 29). Los peligros de la noche acechaban a los caminantes. Sin embargo, después de reconocer a Jesús al partir el pan, "en ese mismo instante se pusieron en viaje y regresaron a Jerusalén" (v. 33). Al descubrir a Jesús en medio de ellos, el miedo de la noche se transforma en audacia misionera y la tristeza se convierte en alegría por la certeza del Resucitado.

Así, inician el camino de vuelta a la comunidad, a la que

encuentran reunida en torno a los apóstoles. La comunidad anunciaba gozosa el testimonio del Resucitado. "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se apareció a Simón!" (v. 34). Por su parte, ellos relatan su encuentro en el camino y cómo lo reconocieron al partir el pan.

Mientras comentan las apariciones del Resucitado, asombrados unos y otros, Jesús mismo se presentó en medio de ellos y les da el don de la paz: "¡La paz esté con ustedes!" (v. 36). No es solamente un saludo, o la manifestación de

un deseo, sino que Jesús está poniendo palabra a lo que Él hace: Él, que es la paz (cf. Ef 2,14), la da a sus discípulos como trofeo de su victoria sobre la muerte. En la comunidad reunida, Jesús también se hace presente con el don de su paz.

Lucas quiere mostrarnos de un modo particular, en esta narración, esos "lugares" en donde encontrar al Resucitado.

Jesús había salido al encuentro de sus discípulos en *el camino* (símbolo de la vida), aunque sus ojos no lo reconocieran (vv. 13-24); mientras peregrinaba con ellos les había explicado

las Escrituras, a la luz de su propio misterio pascual y allí había ardido su corazón (vv. 25-27), en la casa celebró con ellos la "*fracción del pan*" (eucaristía) (vv. 28-31) y finalmente se hace presente en *la comunidad* (v. 36).

Pero nosotros no somos solo aquellos a quienes se enseña dónde encontrar al Resucitado. Este encuentro, como sucedió con los discípulos de Emaús al abríseles los ojos cuando Jesús partió el pan, nos pone en movimiento; es decir, es un movimiento que se hace en comunidad: fueron juntos a anunciar el encuentro con Jesús resucitado.

1

LA PALABRA DE DIOS, CAMINO Y FUNDAMENTO DE LA ABP

*Jesús se acercó
y se puso a caminar con ellos.*

Lc 24,15



NUESTRA VIDA, UN CAMINO

La Sabiduría de Israel presenta la vida del ser humano como un camino con diversas alternativas, en donde cada persona es libre para decidir la opción que quiera seguir, asumiendo las consecuencias de lo que ello signifique. En esta decisión se elige, en definitiva, la vida o la muerte. Por eso, las instrucciones previenen al caminante y lo invitan a optar por el plan de Dios. El Nuevo Testamento y, en particular, la obra de Lucas sitúa la escuela de Jesús en el camino que comienza en Galilea (cf. Lc 9, 51) y se dirige a Jerusalén (cf. Lc 19, 29-47).

Dios, creándolo todo y conservándolo por medio de Cristo, su Verbo, se reveló, en el principio, a toda la humanidad a través de las cosas creadas (cf. Gn 1, 1-27). Después de la caída de nuestros primeros padres (cf. Gn 3, 8-13), les manifestó personalmente su amor misericordioso, alentando en ellos la esperanza de la salvación a través de la promesa de la redención (cf. Gn 3, 15.21). Fue así como, en su tiempo, llamó a Abraham para hacerlo padre de un gran pueblo, al que luego instruyó por medio de los Patriarcas, Moisés y por los Profetas para que lo reconocieran como el Dios único, vivo y verdadero. Asimismo, se mostró como un Padre providente y justo juez, ofreciendo la vida eterna a todos los que lo buscaban con corazón sincero (cf. Sal 34; Sal 40) y que esperan en el Salvador prometido (cf. Sal 130). De esta forma, fue preparando en su pueblo el camino del Evangelio⁷.

La plenitud de la vida cristiana de los discípulos misioneros se alcanza en el encuentro personal y comunitario con Cristo, que se nos da a conocer por medio del don de su Palabra, contenida en la Tradición de la Iglesia y en

⁷ Cf. DV 3.

la Sagrada Escritura. Ambas "son como un espejo en el que la Iglesia, peregrina en la tierra, contempla a Dios, de quien todo lo recibe"⁸.

Jesús quiere acercarse hoy y ponerse a caminar con nosotros, como lo hizo con los discípulos de Emaús, para acompañarnos en las distintas circunstancias de la vida. La Iglesia nos invita a dejarnos acompañar por Él a través de la lectura creyente y frecuente de la Sagrada Escritura, ya que en ella descubrimos la Palabra de Dios, lámpara en el camino y luz para nuestros pasos (cf. Sal 119, 105). Sin embargo, en la vida cotidiana, nos encontramos con múltiples obstáculos para leer la Biblia. La falta de tiempo, las preocupaciones, la dificultad para comprender los textos bíblicos, e incluso el hecho de no tener una Biblia, son algunas dificultades que nos impiden tener contacto con la Palabra de Dios escrita.

La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura del mismo modo como venera el Cuerpo de Cristo, preocupándose incansablemente por distribuir a los fieles el Pan de Vida en la Palabra y en la Eucaristía⁹. No obstante, hay que reconocer que la Eucaristía se funda en la Palabra; por ello, quien recibe el pan eucarístico puede entrar en plena comunión con el Señor si antes ha escuchado su Palabra. De ahí que se haga necesario hacer todos los esfuerzos pastorales posibles para que todos los fieles tengamos acceso a la Palabra de Dios, y así ella se convierta en la roca firme que fundamenta nuestras vidas (cf. Mt 7, 24-27). Urge entonces transformar nuestras estructuras pastorales, de modo que la Palabra no sea ya más el objeto de estudio de una pastoral particular, la pastoral bíblica, sino que se convierta en la fuente que nutre toda

⁸ DV 7.

⁹ Cf. DV 21.

la pastoral de la Iglesia, y en el corazón que da vida nueva a todos sus miembros¹⁰.

La respuesta concreta a esta urgencia es la Animación Bíblica de la Pastoral, un nuevo paradigma, un modo de organizar la pastoral que busca destacar el puesto central de la Palabra de Dios en la vida eclesial¹¹, por medio de la cual Dios se ofrece a toda la humanidad en diálogo de comunión para la salvación de todo el que se abra a dicho don¹².

Quien se diga discípulo del Señor, debe recordar que el mismo Jesús dice: *“mis palabras son espíritu y son vida”* (Jn 6, 63). Para encontrar esa vida plena y anunciarla a nuestros hermanos, necesitamos desarrollar una actitud de escucha atenta y creyente de la Palabra, pues ella es la luz que ilumina nuestra vida, suscita y fortalece nuestra fe y nos renueva en la esperanza. Ella nos mueve al seguimiento de Cristo y a un compromiso significativo con la misión de su Iglesia y con la transformación del mundo, por medio del testimonio y del ejercicio de la caridad fraterna. Permanecer en Cristo y en su amor, es permanecer en su Palabra, adherir a ella, anunciarla y ponerla en práctica (cf. Jn 8, 31; Jn 15, 9-10).

LA PALABRA DE DIOS ILUMINA NUESTRO CAMINAR

La Sagrada Escritura, desde el principio, nos pone frente al misterio que distingue al Dios de Israel de otros dioses (cf. Sal 115). El Dios de Israel, por una iniciativa libre y gratuita de su amor, es el que se comunica con su pueblo para darse a conocer. A través de su Palabra, Dios

¹⁰ Cf. VD 1-2.

¹¹ Cf. VD 73.

¹² Cf. VD 45.

se revela a Israel, y por medio de él, a toda la humanidad (cf. Is 42, 6-9), invitándonos a establecer un diálogo fecundo, fundado en el amor y en la amistad (cf. Ex 33, 11; Is 41, 8), mediante el cual Dios quiere comunicarnos su propia vida (cf. Jn 10, 10)¹³.

Dios habló de muchos modos a lo largo de la historia, manifestando su Palabra a los profetas (cf. Hb 1, 1). Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, nos habló por medio de su Hijo, Jesucristo; la Palabra existía desde el principio, y estaba junto al Padre (cf. Jn 1, 1). Jesús es la Palabra definitiva de Dios que puso su morada entre nosotros (cf. Jn 1,14) y que, por medio del Espíritu Santo, sigue hablando hoy en la vida de nuestros pueblos para darse a conocer a toda la humanidad¹⁴.

NUESTRO CAMINO A LA LUZ DE LA PALABRA ES UNA HISTORIA DE SALVACIÓN

a) El inicio del camino: los orígenes

En el principio, la tierra era caos y confusión y, en medio de la oscuridad, Dios irrumpió pronunciando su Palabra; entonces el universo entero comenzó a tomar forma (cf. Gn 1, 1-2,4^a). Dios dijo, y se hizo la luz; Dios dijo, y los seres vivos comenzaron a existir, desde los más sencillos hasta aquél que fue creado a su imagen y semejanza, su obra maestra, el hombre y la mujer. De este modo, el primer relato del Génesis nos muestra que cada vez que Dios "dice", es para crear algo bueno, y eso que crea es bendición para toda la humanidad: "*Y los bendijo y les dijo... y vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien*" (Gn 1, 28.31).

¹³ Cf. DV 2.

¹⁴ Cf. VD 7.

Por medio de la Palabra fueron creadas todas las cosas (cf. Jn 1, 3), *“por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos, por el aliento de su boca todos sus ejércitos ... pues él habló y así fue, él lo mandó y se hizo”* (Sal 33, 6.9). La Palabra es la fuerza creadora de Dios, que permanece para siempre (cf. Is 40, 8; Mt 24, 35; 1Pe 1, 25) sosteniendo y conservando la vida de la Creación y de todos los hombres y mujeres que habitan en ella. La Creación entera es presencia de la Palabra del Señor; por eso, al contemplar sus maravillas, bendecimos con gozo al Señor (cf. Sal 104), ya que en ella reconocemos la voz de Dios que habla cada día, invitándonos a vivir en comunión con Él, con los demás, con nosotros mismos y con la Creación.

b) Siguiendo los pasos del pueblo de Dios

Con el fin de preparar y realizar la salvación de todo el género humano, Dios formó un pueblo para sí, al cual confió sus promesas. El elemento constitutivo de Israel es la Alianza, celebrada, en un primer momento, con Abraham, y más tarde, con todo el pueblo, por medio de Moisés, en el monte Sinaí (Ex 19, 1-25). A éste, su pueblo, Dios se le reveló por medio de palabras y obras como el único Dios vivo y verdadero. Asimismo, por medio de los profetas, le dirigió su Palabra para que conociera los caminos de la salvación¹⁵.

Los relatos del Antiguo Testamento son fruto de la experiencia de fe de Israel, una experiencia humana, marcada profundamente por la presencia de la Palabra de Dios. Por medio de ella, Dios se introduce en su historia para transformarla en una historia de salvación. A lo largo de su camino, Israel va comprendiendo que si Dios le ha dirigido su Palabra es porque quiere hacer de él un pueblo de su propiedad, un reino de sacerdotes, una nación santa,

¹⁵ Cf. DV N.º 14.

que se constituye como tal en la escucha de la Palabra de Dios (cf. Ex 19, 5-6).

La historia concreta de Israel se inicia con el diálogo entre Dios y Abraham. Dios dirige su Palabra a Abraham para darse a conocer e invitarlo a vivir una nueva vida en su compañía (cf. Gn 12, 1ss; Gn 17, 5): *"Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré"* (Gn 12, 1). La decisión no es fácil para Abraham, implica un cambio radical de planes. Sin embargo, la misma Palabra le infunde confianza y seguridad y, apoyándose en ella, acepta libremente la invitación. En el camino, la Palabra se convertirá en una presencia continua que conduce a Abraham y a sus descendientes, manteniendo viva su esperanza: *"mira que yo estoy contigo; te guardaré por dondequiera que vayas (...) no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho"* (Gn 28, 15; ver Gn 15, 1).

Continuando con la historia, Israel, establecido en Egipto, se transforma en una nación numerosa y se olvida de Dios, pero Dios nunca se olvida de él. Es así como, al verlo sumido en el sufrimiento de la esclavitud, escucha su clamor y baja para liberarlo (cf. Ex 3, 7-8). Por medio de Moisés, Dios envía su Palabra al pueblo. Su intención es clara, sacarlo de la esclavitud para poder celebrar una Alianza con él (cf. Ex 3, 16-20; Ex 20, 1-17).

La misión que Dios le encomienda a Moisés, el gran profeta que hablaba con Dios cara a cara (cf. Dt 34, 10), implica nuevamente confiar en la Palabra que Dios le comunica y que pondrá en su boca (cf. Ex 4, 10 - 12). Una vez liberado el pueblo, se celebra la Alianza en medio del desierto, a través de la cual el pueblo se compromete a cumplir *"todas las Palabras de Yahvé"* (Ex 24, 3), que Moisés pondrá por escrito para que permanezcan para siempre en la memoria de Israel (cf. Ex 24, 1-4). Dios se manifiesta como el Dios fiel, rico en misericordia, que cumple su

Alianza eternamente. El pueblo, a su vez, se compromete a ser fiel, escuchando, viviendo y enseñando la Palabra de Dios a sus hijos (cf. Dt 6, 4-9).

Si algo queda claro en la conciencia de Israel es que quien escuche y ponga en práctica la Palabra del Señor, ordenando su existencia en función de ella, encontrará la vida, será fecundo y el Señor lo bendecirá (cf. Dt 30, 15-20):

Escucha Israel... Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado; las atarás a tu mano como una señal, y serán como una insignia entre tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas. (Dt 6, 4-9).

Después de un largo caminar por el desierto, Israel conquista la tierra prometida y se establece en ella. Será ahí cuando surjan los profetas, hombres elegidos y enviados por Dios a anunciar su Palabra al pueblo. Su misión no es fácil, consiste en anunciar la misericordia de Dios que se manifiesta en su fidelidad a la Alianza, y también denunciar las infidelidades e injusticias cometidas por el pueblo, llamándolo a la conversión (cf. Jr 1, 4-10). Por esta causa, los profetas serán perseguidos e incluso muchos encontrarán la muerte (cf. 1Re 19, 9-18; Mt 23, 37). Sin embargo, ellos experimentan la fidelidad de Dios en la misión, ya que Dios mismo pone sus palabras en boca de los profetas para que algún día lleguen a estar también en boca del pueblo (cf. Is 51, 16; 59, 21). La Palabra de Dios en boca de los profetas es mucho más que un mensaje dirigido al pueblo; es una realidad dinámica, una fuerza transformadora que realiza lo que Dios anuncia (cf. Is 55, 10ss) para que Israel encuentre la salvación y llegue a ser luz para todas las naciones (cf. Is 49, 6).

c) Jesús, Palabra de Dios hecha carne, es nuestro camino

Dios habló de muchos modos a Israel (cf. Hb 1, 1-2); sin embargo, el pueblo no quiso escuchar, endureciendo su corazón (cf. Mt 13, 15). Entonces, por su entrañable misericordia, decidió enviar a su Hijo, la Palabra que estaba con Él desde el principio (cf. Jn 1, 1; 3, 16). Jesús es la Palabra viva de Dios que se hizo hombre para caminar con nosotros, vino para salvar al mundo de la muerte y del pecado, de modo que todos lleguemos a ser en Él hijos de Dios (cf. Ef 1, 3-6) y miembros de su nuevo pueblo, la Iglesia.

Ahora bien, el vivir como hijos de Dios se aprende contemplando a Jesús en el Evangelio. Jesús es el Hijo que vive en íntima comunión con su Padre (cf. Jn 10,30), se retira frecuentemente a lugares solitarios para orar (cf. Lc 5,16; 6,12). Él es el Hijo amado del Padre, de quien recibe el Espíritu Santo que lo conduce para vivir en fidelidad a su misión (cf. Mc 1, 9-11). Con sus gestos y enseñanzas, anuncia la llegada del Reino (cf. Mt 8, 16) y nos muestra el camino al Padre (cf. Jn 14, 6-9). Él no habla por su cuenta, sino que dice las Palabras del Padre (cf. Jn 13, 49-50), y sabe que el Padre lo ama, porque está dispuesto a entregar la vida para la salvación de la humanidad entera (cf. Jn 10, 18). Para llegar a ser hijos de Dios, hay que ser, en primer lugar, discípulos de Jesús.

“Dios quiso que todo lo que Él había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se transmitiera de generación en generación”¹⁶. Por ello, en su paso por esta tierra, Jesús eligió a los Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 13-15). Jesús caminó con ellos, dándoles a conocer los

¹⁶ DV 7.

misterios del Reino, sanando a los enfermos, expulsando demonios, comiendo con los pecadores y perdonando sus pecados (cf. Mc 1, 32-34; Mc 6, 53-56; Mt 9, 5-7; Mc 2, 16). Antes de partir de este mundo, sopló su Espíritu sobre los apóstoles (cf. Jn 20, 22) y, haciéndolos partícipes de su misión (cf. Jn 20, 21), los envió a anunciar su Palabra a todos los pueblos de la Tierra (cf. Mc 16, 15).

Los apóstoles realizaron fielmente la misión encomendada, anunciando el Evangelio con decidida determinación. *"Ay de mí si no predicara el Evangelio"* (1Cor 9,16), dice San Pablo, quien, a partir de su encuentro con Jesús en el camino a Damasco, entregó su vida entera al servicio del Evangelio (cf. Hch 9, 1-19), soportando dificultades y llegando incluso a ser encarcelado a causa de su predicación (cf. Col 1,24-29). Nosotros, discípulos del Señor, estamos llamados hoy a continuar con esta misión, anunciando su Palabra a toda la humanidad.

En Jesús, camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6), Dios quiere hacer camino con toda la familia humana, cuya historia está marcada por alegrías, gozos y esperanzas, pero también por la tristeza, el sufrimiento, la injusticia, la violencia y la desesperanza. Jesús es el Hijo amado de Dios, a quien hay que escuchar (cf. Mt 17, 5) para encontrar vida nueva en medio de las dificultades. Él es la plenitud de la revelación, quien lo ve, ve al Padre (cf. Jn 14, 9) y se regocija en su amor. Con sus gestos y palabras, Jesús nos muestra el corazón misericordioso del Padre y nos invita a seguirlo, asumiendo su estilo de vida para que nuestra vida sea testimonio vivo del amor del Padre (cf. Jn 14, 10-12).

d) El camino pascual de los discípulos misioneros de Jesús

La fe, don de Dios, es respuesta del hombre a la Palabra que Dios le anuncia. La fe comienza por el escuchar,

dice San Pablo (cf. Rom 10, 17). Se refiere al escuchar de la Palabra de Dios que conduce al encuentro con Jesús y en Él a la comunión con el Padre en el Espíritu Santo. Los que escuchan la Palabra del Señor pasan a formar parte de una nueva familia, la familia de Dios: *"mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica"* (Lc 8, 21). La Sagrada Escritura puesta en nuestras manos es la puerta de entrada privilegiada para ponernos a la escucha de la Palabra del Señor y entrar en diálogo fecundo, personal y comunitario, con Jesucristo, Señor y dador de vida. De allí que se haga necesario entonces *"proponer a los fieles la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura como don del Padre para el encuentro con Jesucristo vivo, camino de auténtica conversión y de renovada comunión y solidaridad"*¹⁷.

Los discípulos misioneros del Señor estamos invitados a vivir en comunión con nuestros hermanos, a imagen de la Trinidad, para dar testimonio del amor misericordioso del Padre (cf. Jn 17, 20-21). Pero, ¿cuál es la condición para ser discípulo del Señor y entrar en esta comunión? Jesús lo dice con claridad: *"No todo el que me dice: ¡Sí, Señor!"* (Mt 7, 21), sino el que escucha sus palabras y las lleva a la práctica (cf. Mt 7, 24), porque *"si ustedes permanecen en mi palabra, serán verdaderos discípulos míos"* (Jn 8, 31). Es necesario entonces, para que todos los pueblos tengan vida en Él, presentar la Palabra de Dios contenida en la Escritura como fuente de la espiritualidad cristiana y de toda la evangelización. Esto conlleva una comprensión de la acción pastoral de la Iglesia, entendida como una pastoral animada por la Palabra de Dios, lo que supone implementar el paradigma de la Animación Bíblica de la Pastoral en todo el quehacer eclesial.

¹⁷ DA 248.

MARÍA NOS PRECEDE EN EL CAMINO DE LA FE

María es la primera discípula misionera del Señor, que escucha atentamente la Palabra que el ángel le dirige, cree en ella, la acoge y, haciéndola suya, responde: “*que se haga en mí lo que tú dices*” (Lc 1, 38). Por su obediencia a la Palabra de Dios, María es modelo de discípula misionera que permanece en la escucha fiel de la Palabra, la medita y la guarda en el corazón (cf. Lc 2, 19.51). La Palabra meditada le permite comprender los misterios de su hijo, acompañarlo en el camino de la cruz y permanecer de pie junto a ella. La Palabra que guarda en el corazón es la que le ofrece consuelo y esperanza en medio del dolor y el sufrimiento. La Palabra de Dios guardada en el corazón le permite acoger con generosidad y hacer vida las últimas palabras de Jesús: “*¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!*” (Jn 19,26). En Juan María nos recibe como hijos para enseñarnos a escuchar la Palabra de Jesús. Con María iniciemos un nuevo caminar en la Iglesia escuchando, orando y anunciando la Palabra del Señor, en medio de nuestro quehacer cotidiano.



Lecturas sugeridas para el estudio y profundización de este capítulo 1

- ✓ CONCILIO VATICANO II: Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum* (1965), N.ºs 1-10. Disponible en www.vatican.va
- ✓ Mensaje al Pueblo de Dios de la XII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (2008), Capítulo 1. Disponible en www.vatican.va
- ✓ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica Postsinodal, *Verbum Domini* (2008), N.ºs 1-21. Disponible en www.vatican.va
- ✓ SILVA S., *La Palabra de Dios en la Iglesia y en su actividad eclesial*, Consejo Episcopal Latinoamericano, Colección Autores N.º 41 (2013), pp. 15-135.

FICHA DE TRABAJO

"HACIENDO CAMINO EN NUESTRA COMUNIDAD A LA LUZ DE LA PALABRA DE DIOS"

"Pues recta es la Palabra del Señor"

Sal 33,4



PASO 1 - Lectura Salmo 33

- ¿Qué dice el Salmo acerca de la Palabra de Dios?

PASO 2 - Meditación

- ¿De qué modo he/hemos experimentado la presencia de la Palabra de Dios en el camino de nuestras vidas?
- ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en mi vida personal y en la vida de nuestra comunidad?
- ¿En qué circunstancias concretas he/hemos reconocido la Palabra de Dios como luz en mi/nuestro camino?
- ¿Qué nos dice la vida de Jesús acerca del modo como estamos llamados a acoger la Palabra?

PASO 3 - Oración

- Alabamos y bendecimos al Señor por la presencia de su Palabra entre nosotros...
- Pedimos perdón porque, a lo largo del camino, muchas veces no hemos sabido escucharla...
- Pedimos al Señor que nos dé hambre y sed de su Palabra...

PASO 4 - Contemplación/Acción

- Gustamos y nos gozamos por el don de la Palabra presente en nuestro caminar.
- Nos preparamos a escucharla con un corazón bien dispuesto.
- Definimos algunas estrategias a nivel pastoral para despertar hambre y sed de la Palabra (cf. Am 8,11) en nuestra comunidad.